

DIALOGO con

Stimmen der Zeit

Octubre 1963

Jugend zwischen Glaube und Unglaube
por Th. Thun.

Luis L. Yarto, S. J.

Theophil Thun trabaja con datos en la mano. Ha llevado a cabo una doble investigación sobre "la postura religiosa de la juventud" y "la religión del niño" y ahora saca la conclusión final: algo falla en la educación religiosa cuando tan a menudo llegan estos jóvenes —muchachos y muchachas, estudiantes y trabajadores alemanes— a un peculiar estado de inseguridad religiosa. Claro que constata la existencia de unas excelentes minorías de profunda vida de fe. Pero junto a ellas es alarmante el número de los que acusan el impacto de una defectuosa formación religiosa en un momento en que les sería más necesaria que nunca si han de superar el positivismo que les rodea.

Por falta de formación no entiende el autor, como podría pensarse, un defecto de conocimientos teórico-dogmáticos o un tinte heterodoxo en la forma de entender los mismos. El tiene interés ante todo por encontrar en sus interrogados una auténtica y madura capacidad de vivencia religiosa. Y halla tantas veces en su lugar un vacío que no puede menos de preguntarse las causas. Casi todas las que enumera se deben a características innegables del medio ambiental en que se mueven esos sujetos: a la mecanización de la vida moderna y al desarrollo —exigido cada vez más por las circunstancias— de las facultades puramente intelectuales del individuo, se une una alarmante banalización de sus vivencias emotivas. Es victoria que han conseguido, en gran parte, el cine, la televisión en dosis masivas, y las publicaciones gráficas de tipo ligero. Todo esto haría más necesaria una sistemática guerra a la superficialidad, un cultivo intenso de la vivencia religiosa. Y este cultivo, al parecer, no se da.

Las trasposiciones de tiempo o de lugar no suelen ser nunca exactas, como no lo son nunca del todo las comparaciones. ¿Podríamos decir que la juventud que nos rodea vive en un ambiente más impregnado de religiosidad, y que esto es decisivo en su formación? El español, más cordial que intelectual, sintoniza casi siempre, es verdad, en la familia, en el colegio, en la sociedad, con una atmósfera cargada de armónicos religiosos. Y sin embargo también nosotros podríamos constatar un profundo hiato entre conocimientos elementales de religión —en los casos en que estos se dan— y verdadera formación religiosa en nuestra juventud. Dejando aparte los ex-

las REVISTAS

Una juventud entre la fe y la incredulidad

traordinarios grupos de selección, en general el estado de la masa instruída en materia religiosa no responde a una larga educación en que la enseñanza de la religión es abundante y obligatoria. Habría que decir quizá que durante una serie de años hemos estado tratando de desentrañar para nuestros alumnos el Mensaje de Cristo, y nos hemos dado cuenta sólo al final de que nuestro método no era acertado. Han permanecido sordos a nuestras explicaciones porque en su interior no había un núcleo vivencial que desentrañar.

La catequesis ordinaria del que se convierte a la religión verdadera supone, en síntesis, los siguientes pasos: Un estado de alejamiento de la fe —la espera en las tinieblas—, un día el fognazo de la Buena Nueva, la intensa vivencia espiritual de que Dios ha mandado al mundo a su Hijo para que nos abra las puertas del cielo. Y por fin, con el entusiasmo del que ha encontrado la Verdad y la Vida, la profundización en la totalidad del Misterio de Salvación, incluso el recuento y sistematización de las verdades que incluye. Con esta profundización seguirá una adhesión cada vez mayor y un tomar parte activa como portador del Mensaje.

En nuestra circunstancia, sin embargo, parece a primera vista que podemos tomar el proceso en marcha, comenzando por la etapa final. En el ambiente que nos rodea todos han recibido el Bautismo, todos han optado ya, sin sentirlo, por el buen camino. Pero, por lo visto, la semilla ha carecido de cultivo durante tanto tiempo que el entusiasmo que debía preceder a la profundización del Mensaje ha quedado sin madurar. Es curioso cómo de esta misma exterioridad y falta de intimidad han pecado nuestros mismos métodos de formación, con lo cual se ha agravado el problema. La revista *Lumen Vitae*, en su número de septiembre de 1951 (los resultados de su estudio por tanto sólo son válidos para aquellos estudiantes que siguieron el plan de 1938), tras hacer un examen de los manuales de Religión en España, se veía obligada a observar que “la religión aparece en ellos más como una ciencia que como una actitud de vida”; “a menudo nos encontramos que toman como objeto de estudio no a Jesucristo, ni la historia de la salud y del Reino de Dios, sino verdaderas series de nociones dogmáticas y de preceptos morales”.

¿Vamos a tener que lamentar el haber superado el estado de misión y el que nuestro pueblo pertenezca desde siempre a la Iglesia y a este camino de la salvación? No; pero sí conviene que reflexionemos y busquemos la manera de subsanar el déficit de vivencia religiosa que eso puede acarrear. En muchos casos un ambiente familiar religiosamente caldeado será la mejor formación de la vivencia cristiana. Cuando no se dé, la acción pastoral habría de estar al acecho de todas esas situaciones límite de la vida, en que prácticamente se verifica una nueva opción religiosa, una reafirmación en la adhesión al Misterio, para ayudar al cristiano a sacar de ellas más madura su vida interior.

Y una renovación, ya iniciada, en el mismo modo de instrucción, en la exposición de la verdad: Fieles al contenido y también al espíritu del Mensaje, fieles a las condiciones —psicología y ambiente— del hombre al que va dirigido, y atentos al mundo más apto de lograr una viva, una palpitante trasmisión.

Puente de dos direcciones

Laicado-puente

ECCLESIA, 18 de enero 1964, n. 1.175

I laici: «ponte» tra la Chiesa e il mondo

LA CIVILTA CATTOLICA, 1 de febrero 1964

ECCLESIA y LA CIVILTA CATTOLICA han dado prueba de una fina sensibilidad para captar las manifestaciones vitales de la Iglesia, aunque sean poco espectaculares. Ambas revistas han dedicado un editorial al discurso que el Papa dirigió a los graduados católicos italianos el 3 de enero, en la víspera de su salida para Jerusalén.

ECCLESIA, semanal, se lo dedicó el día 18 del mismo mes, en cuanto cumplió con su misión —gratisima, por cierto— de informar sobre el viaje a Palestina. LA CIVILTA CATTOLICA, quincenal, hizo lo mismo en el número del 1 de febrero. Ninguna de las dos había echado en olvido una alocución de poca importancia para ojos que sólo ven las superficies. A través de la avalancha de reportajes sobre la peregrinación del Papa, conservaron grabada en la retina la imagen ideal que Pablo VI trazó con sus palabras: un puente. Se necesita un puente entre la Iglesia y el mundo. Ese puente son los laicos.

La Iglesia, toda la Iglesia, por voluntad de Cristo es la levadura que ha de hacer fermentar el mundo (Mt. 13, 33 y Lc. 13, 20-21). No sólo individualmente en el corazón de cada hombre, sino también socialmente en